**De la psicohistoria de Asimov a la inteligencia artificial: entre la historia, la psicología y los datos masivos**

En una célebre viñeta de Mafalda, Miguelito se queja de que en la escuela solo le enseñan “vejeces”: Colón, los conquistadores, batallas del pasado. Cuando Mafalda le responde que así es la historia, él replica con una ocurrencia tan ingenua como lúcida: “¡para adelante!”. Esa exigencia infantil encierra una intuición poderosa: ¿por qué resignarnos a que la historia sea únicamente un inventario del pasado, y no también una ciencia capaz de anticipar el porvenir?

De algún modo, Isaac Asimov dio una respuesta literaria al reclamo de Miguelito. En su saga de la Fundación, imaginó la psicohistoria, una disciplina híbrida que combinaba estadística, historia y psicología de masas para prever el futuro de la humanidad. Los sabios de Trántor, rodeados de dispositivos asimovianos que proyectaban datos tridimensionales como si fueran hologramas, parecían materializar el sueño de estudiar la historia “para adelante”.

Filosofía de la historia y psicohistoria

La intuición de Miguelito no es tan descabellada. Ya en el siglo XIX, el materialismo histórico proponía que la historia podía entenderse como un proceso regido por leyes socioeconómicas, donde las fuerzas productivas y las luchas de clase daban forma a los grandes movimientos colectivos. Estudiar la historia no era solo reconstruir el pasado, sino anticipar los derroteros del futuro.

La psicohistoria de Asimov parecía inspirarse en ese horizonte, aunque con un giro original: no bastaba con las fuerzas económicas, había que sumar la psicología colectiva y traducirla en fórmulas estadísticas. Su propuesta se basaba en una premisa central: los individuos son impredecibles, pero las multitudes, observadas en millones, se vuelven tan regulares como un gas obedeciendo las leyes de la termodinámica.

La psicología como puente

No es casual que Asimov bautizara a su disciplina como psicohistoria. En su tiempo, la psicología dominante era el conductismo, que reducía la mente a estímulos y respuestas observables. Frente a ello, la psicohistoria parecía una herejía literaria: imaginar que de la psicología de masas podían extraerse leyes casi matemáticas para anticipar el futuro.

Hoy, la ciencia ha tomado otro rumbo. La economía conductual, con pioneros como Daniel Kahneman, Amos Tversky, Richard Thaler y Robert Shiller, ha demostrado que los humanos distan mucho de ser racionales: deciden movidos por sesgos cognitivos, aversión a la pérdida, emociones y contextos sociales. Lo interesante es que esas irracionalidades, caóticas a nivel individual, se convierten en patrones colectivos predecibles. La economía conductual es, en muchos sentidos, un intento de psicohistoria real: una ciencia que busca comprender cómo la psicología moldea no solo decisiones privadas, sino ciclos históricos y económicos completos.

Big Data y redes sociales: hacia una psicohistoria beta

Lo que la economía conductual describe teóricamente, el Big Data lo mide empíricamente. Hoy, las redes sociales funcionan como un gigantesco laboratorio de la conducta humana. Cada tuit, cada reacción, cada comentario deja un rastro que puede ser analizado con técnicas de procesamiento de lenguaje natural.

El análisis de sentimientos, por ejemplo, ya es usado en campañas políticas y publicitarias para medir la aceptación o el rechazo de mensajes en tiempo real. De este modo, se puede anticipar el éxito de un spot, prever una crisis de reputación o incluso detectar el surgimiento de movimientos sociales antes de que aparezcan en encuestas tradicionales. Algo parecido ocurre en los mercados: investigaciones han mostrado que el ánimo colectivo en redes puede anticipar fluctuaciones financieras, revelando un pulso emocional que mueve economías enteras.

Estamos lejos de la precisión de Hari Seldon, pero no resulta descabellado hablar de una “psicohistoria beta”: una disciplina dispersa entre historia, psicología y ciencia de datos, que busca entender hacia dónde se inclinan las tendencias colectivas a partir de datos masivos.

Límites y riesgos

Claro está, las diferencias con Asimov son profundas. La psicohistoria literaria era casi determinista, mientras que nuestros modelos actuales son probabilísticos y falibles. Además, el propio Asimov nos previno de los imprevistos: en la saga, el personaje del “Mulo” representa ese individuo capaz de romper cualquier predicción colectiva. En la vida real, los cisnes negros —eventos raros, de gran impacto y difícilmente previsibles— cumplen esa función de recordarnos que la historia nunca está escrita del todo, tal como argumenta Nassim Nicholas Taleb en El cisne negro (2007).

A esto se suma un desafío ético: si estas herramientas logran predecir estados de ánimo colectivos, ¿quién controla su uso? ¿Pueden convertirse en instrumentos de manipulación y control político en lugar de herramientas de emancipación social?

Conclusión – De los hologramas asimovianos a la nube cotidiana

Si en la introducción recordábamos a Miguelito reclamando una historia “para adelante” y a Asimov dándole voz científica mediante la psicohistoria, conviene cerrar mirando nuestro propio presente. Hoy no tenemos proyectores tridimensionales ni hologramas flotando en las salas de Trántor, pero contamos con algo más silencioso y poderoso: una tablet o una laptop conectada a la nube.

En entornos como Google Colab, millones de datos sociales se procesan mediante algoritmos de inteligencia artificial que clasifican emociones, anticipan tendencias políticas y dibujan posibles escenarios económicos. El sueño asimoviano no llegó con haces de luz en el aire, sino con pantallas planas en nuestras manos, capaces de mostrar en segundos lo que antes parecía imposible de calcular.

Así, el reclamo infantil de Miguelito, la intuición futurista de Asimov y la práctica cotidiana de los analistas de datos confluyen en una misma promesa: contemplar el futuro a través de los datos. Quizá nunca exista una psicohistoria infalible, pero cada modelo predictivo, cada análisis de sentimientos y cada simulación social nos recuerdan que la historia puede, en cierto modo, aprender a mirarse hacia adelante.